



CAPITULO XIII

Desde el Cantiverio

CONSENTÍAN los franceses la comunicación de sus prisioneros con la ciudad, siempre que se tratara de chicleos amorosos, como los que Miguel mandaba diariamente á Eugenia; pero de seguro que no habrían permitido cartas como la que llevó un soldado que se evadió del campo de los sitiadores y en la que Miguel escribió cuanto deseaba contar de sus impresiones de cautivo. Miguel no sólo se dirigió á su mujer, sino que, como los pontífices, habló á la ciudad y al mundo, y escribió una epístola que se conservó por largo tiempo como uno de los documentos más sugestivos de la época.

Miguel decía así:

« Mis queridos todos: pueden hacer la cuenta de que he viajado muchos miles de leguas, puesto que he vivido

y vivo en el centro mismo de la Francia imperialista; no me crean, pues, tan incapaz y falto de experiencia como cuando me separé de ustedes, sino estén seguros de que he aprendido un poco y de que vale la pena de oírme. Un tonto, por el solo hecho de contar lo que ha visto, merece



El fuerte de San Javier, después de la rendición de la plaza
Reproducción directa de una fotografía

que se le escuche; pues ¿qué tanto interés merecerá lo que refiera quien, no siendo un zote, trata de cosas que á todos tocan de cerca? A mí me importa poco que San Pedro de Roma tenga vara más ó menos de las que dicen los viajeros, y no pierdo pie ni mano porque el Papa dé á besar la sandalia derecha como dijo uno, y no la izquierda como aseguró otro; pero sí me importa en grado sumo

investigar cómo me tratará y tratará á los míos el dominador que está á la puerta.

»Ante todo, y por lo que toca á mi persona, deben saber que como bien y engordo á ojos vistas: estos jamones son jamones, este vino es vino, esta carne es carne exquisita y suave; esto sí vale y no la cecina infecta, el frijol picado y el arvejón pedernalino que tenemos en la plaza; pero si nosotros somos bien tratados, los pobres *Juanes* apenas alcanzan las sobras de lo que comen los franceses, amén de unos cuantos granos de maíz que les reparten y que ellos rumían con la impasibilidad con que comerían trufas y beberían champaña, esto es, sin importarles nada y sin parecerles bien ni mal.

»Podrían ustedes creer que los franceses nos odian á muerte y desean acabarnos; quizás lo pretendan, ya que les servimos de estorbo, y que, queriéndolo ó no, les impedimos volver á su tierra; mas lo cierto es que empiezan por desconocernos y naturalmente, no nos aman ni nos aborrecen. Juárez es para ellos un indio bravo; los mexicanos un hato de salvajes; nuestro ejército una cáfila de ladrones sin disciplina y sin valor. Mucho han contribuido á ese resultado las picardías del gran Saligny, el amigo de tu madre, Eugenia mía; después del cinco de Mayo, de Acultzingo, de San Javier, de San Marcos y de Santa Inés, todavía sigue afirmando que él, con una compañía de cazadores de Africa, es capaz de llegar á México

y de conquistarlo. Por supuesto que nadie toma en cuenta sus tonterías, y que, ministro y todo del emperador, es mirado con un desprecio tan grande como merecido.

»El canalla está de nuevo en funciones, y digo que de nuevo, porque á poco de llegar le destituyó Forey poniendo en su lugar al comandante Billiard. Allí hubiera seguido el nuevo jefe del departamento de política si no le hubieran echado por sus tonterías, pues en poco tiempo trató de derrocar á Juárez, de substituirle con Alvarez, de poner en la presidencia á Comonfort y de hacer otras muchas cosas tan descabelladas como éstas. Acabó por cansar al jefe, que al fin volvió á Saligny los poderes de que le había despojado. *Pamuceno*, como saben ustedes, está más opacado que nunca. Su gobierno, su hacienda, su plan para acabar con los liberales, todo, se lo declaró nulo Forey, y el gran Almonte no ha tenido más remedio que apenar aceptando que le releguen entre las cajas de *parque* y los bultos de capotes, sin hacerle más aprecio que al último trasto que rueda por allí. ¡Suerte merecida para el bribón que no tuvo ni tiene honor ni dignidad, y que nos sacrificó á sus inmundas ambiciones!

»Ya se figurarán, sin que yo lo diga, que mi ángel salvador ha sido Chardon, mi prisionero del cinco de Mayo. No sé cómo logró reconocirme la tarde de San Javier, cuando llegaba yo sucio, ensangrentado, cubierto de lodo, tiznado de pólvora, sin saber á dónde me lleva-

ban y sin acordarme del subteniente de zuavos ni de Cristo que lo fundó. Cuando marchaba más distraído, sintiendo que me perforaban los miles de ojos que me asaeaban las carnes, vi desprenderse de un grupo de oficiales á uno que se me dirigió resueltamente abrazándome y diciéndome cosas cariñosas en español: era el subteniente de zuavos, que me condujo á su lado, me presentó á sus camaradas, me agasajó y ha seguido procurando que nada me falte. ¡Dios le bendiga!

»Usted, Tirso, que se forja tantas ilusiones acerca de la amistad de los franceses y que habla con tantísima satisfacción del *ejército franco-mexicano*, debe saber que no hay aquí nadie más maltratado que los conservadores. Se les mira como unos bellacos, como unos traidores que han llamado á su patria la intervención francesa, vendiendo lo más caro que puede tener el hombre, que es la independencia del suelo natal. Noches pasadas nos reunimos á jugar en el alojamiento de Rosado casi todos los oficiales prisioneros. No tardaron en acercárenos oficiales franceses, y en menos que se lo cuento, se armó una timba muy animada. Al husmo de la ganancia se acercó un oficial de Márquez, luego otro y por fin el coronel Ortiz de la Peña, á quien usted llama el *vencedor de Taxco*, como si dijera el *vencedor de Austerlitz*. El vencedor de Taxco, por encima de las cabezas de todos y tratando de que no le viéramos, puso una onza á la camonina; pero como

notamos bien su movimiento, todos levantamos nuestras apuestas y el del monte guardó dinero y barajas. Un capitán de Estado mayor que estaba presente y que vió cuanto había ocurrido, dijo en buen español y en voz alta, para que le oyeran todos los presentes:

»— Tenéis mil veces razón; yo haría lo mismo, pues ese dinero debe de traer desgracia; es de los treinta en que estos Judas han vendido á ocho millones de hombres.—Y se retiró, procurando no tocar al indecente re-negado.

»En cambio, á nosotros los liberales ya no nos miran como caníbales. Ayer me decía un oficial distinguidísimo y que asegura tener conexiones en esferas muy altas: «¡Qué triste guerra esta y qué dificultades va á traerle á Francia! Hemos venido á atacar á la parte vivaz y progresista del país, á la que sin disputa es la más fuerte y la más numerosa. ¡Y luego, apoyarnos para esa obra inicua en el partido muerto y fétido, y venir á combatir aquí contra el principio liberal que proclamamos en nuestra tierra!... ¡Pobre Francia, que podría desempeñar un papel tan hermoso en el mundo, si no estuviera maniatada por esta estúpida guerra!»

»Otro me decía: «El Emperador fué engañado; si hubiera tenido consejeros honrados y diplomáticos inteligentes á su servicio, os habría concedido el auxilio á vosotros, á fin de que acabarais con la clericalla estúpida y

con la podrida aristocracia mexicana; pero combatiros á los que tratáis de implantar los principios de la revolución, y aliarse con los que consideran criminales á quienes han establecido el registro civil, la separación entre la Iglesia y el Estado y la división de poderes, y que han logrado desposeer de sus bienes á los clérigos, es verdaderamente absurdo. Esto no es obra francesa, ni obra bonapartista, ni obra humanitaria.»

»Es tal el asombro que les ha causado nuestra actitud en Puebla, que para disculparse y para rebajarnos, han dado en la flor de decir que nuestras fortificaciones son obra de extranjeros, y que nuestras barricadas fueron hechas por republicanos franceses. Ustedes que conocen bien á Colombres, á Camacho, á Rodríguez, á Mariscal, á Troncoso y á todos los valientes muchachos que levantaron esas obras luchando contra las escaseces y las dificultades y contra la mala voluntad de una población hostil, comprenderán cuán necio resulta hablar de ayuda extranjera.

»Aquí han llamado la atención los tiros que han disparado nuestros artilleros, pues se figuraban los señoritos éstos que todavía estábamos en el tiempo en que nos aterrorizaba el detonar de un arma de fuego. El día que desde San Javier se introdujeron dos balas de cañón en el Cuartel general del cerro de San Juan, una en la propia habitación de Forey y otra en el patio en que los oficiales

de Estado mayor se solazaban tomando café á la hora de la siesta, subieron grandemente los bonos de México.

»También fué objeto de calurosos encomios la conducta de los rifleros del Norte, el día de la toma de San Javier, pues no saben explicarse los señores franceses cómo estuvieron haciendo fuego los de Treviño y Naranjo, sin que nadie pudiera darse cuenta de dónde salían los tiros, ni cómo los rifleros se escaparon matando gente, estando la fortaleza ya en poder de los invasores.

»Los días de los ataques, que todos conocemos por los preparativos que aquí se hacen, estamos con el alma en un hilo. La mañana de Santa Inés me figuré lo que pasaba al ver salir á cada rato batallones de zuavos y cazadores de Africa; pero como no podía tener noticias ningunas, me puse á rezar devotamente al viejo Sabaoth hebreo, pidiéndole el triunfo de nuestras armas. Rosado me vió hincado de rodillas y me hizo burla; pero cuando le expliqué por qué rezaba, se enterneció, me dió un abrazo y me dijo casi llorando: «Es usted un buen mexicano.»

»Pronto supe que mis plegarias (¿verdad, don Bernabé?) habían tenido buen éxito, pues vi llegar las innumerables camillas de heridos y muertos que recogieron los asaltantes. Por supuesto que esa muchedumbre anónima no ha sido la única en saber á qué saben las balas mexicanas.

»¿No han oído ustedes hablar de un valiente oficial,

capitán él, que la tarde del asalto á San Javier brincó al foso el primero, llevando un *fanion* tricolor y guiando á los zuavos á la lucha? Ese caballerito, que es alto, rubio y elegante, un figurín de elegancia, se llama el marqués de Gallifet, es ayudante de campo de Napoleón III y vino á traer á Forey algunos regalos emperadorescos y la seguridad confidencial de que tras de la toma de Puebla se le nombrará mariscal de Francia. El buen mozo andaba de rúa una tarde; se acercó á la manzana de San Marcos, donde en ese momento se batían, y un casco de granada que saltó, hirió al currutaco rompiéndole el abdomen y echándole fuera los intestinos... Y de Gallifet, muy terne y como quien nada hace, recogió el mondongo, lo puso dentro del quepis y se marchó á la ambulancia. No hubo hielo para curarle, no se le pudo coser la herida y tuvo que esperar tres días con las tripas á la vista. A pesar de eso va de alivio y dicen que muy pronto se levantará.

»No fué tan dichoso el general de Laumière, *le beau de Laumière*, jefe de la artillería, que resultó herido en la cabeza. sin que al principio se le diera importancia ninguna al caso, y que murió en medio de atroces dolores por haberle sobrevenido la meningitis.

»Tampoco fué afortunado el capitán Meunier, que hallándose dirigiendo trabajos de ingeniería, recibió una bala que le rompió la cadera derecha y le salió por la izquierda. La bala quizás ni le venía dirigida, pues

taladró una puerta antes de llegar á herirle. El desgraciado quedó insensible por el cloroformo; pero abrigaba la idea de que todo su mal consistía en el frío, de manera que si se le abrigaba bien lograría sanar. ¡Y tenía encima hasta tres decímetros de algodón en rama!

»También fué aquí muy deplorada la muerte del comandante Lamy, del 18.º de cazadores. Estaba destacado en Santiago y se le ocurrió ver el panorama de Puebla desde la torre de la iglesia. Allí permanecía en unión de otros oficiales, cuando cayó al suelo, diciendo: «¡Dios mío, estoy perdido!» La bala, que procedía del fusil de uno de nuestros rifleros del Norte, había destrozado el pecho de Lamy, que poco tiempo pudo sobrevivir á su herida.

»Capitán, comandante de artillería, sufrió en un brazo una lesión espantosa; los médicos le extrajeron del codo la bala que tenía incrustada y declararon que Capitán conseguiría salvar el miembro. Desgraciadamente le sobrevino la gangrena y el pobre oficial murió en medio de dolores atroces.

»Nada les digo de la herida del general Garnier, del 51.º de línea, que dió al principio mucho en que pensar al ejército, ni de las muertes y heridas de más de ciento cincuenta oficiales de lo mejor que trae Forey, ni de tantos descalabros que ha sufrido este ejército, acreedor á mejores destinos.

»Mas al mismo tiempo que sé un poco de lo que aquí acontece, ignoro cuanto sucede allá. ¿Qué fué lo del cuartel de San Marcos? ¿Qué pasó en la manzana de la Reja? ¿Cómo estuvo lo de Santa Inés? ¿Es cierto que en Guadalupita murieron las tres cuartas partes de los defensores? ¿Cómo dejaron tres días sin auxilio á los de la Plaza de Toros? ¿Por qué cayeron los redientes de Morelos? Aquí nos habló mucho un oficial prisionero, de las hazañas de Porfirio Díaz, de Manuel González, de Auza, de González Cosío y de otros muchísimos; pero nada sabemos en concreto. A ver, don Bernabé, cómo averigua usted esas cosas y me las comunica en una carta tan escrupulosa y *bien notada* como usted debe de escribirlas, ó cómo me prepara una narración muy completa y clara, teniéndola lista para cuando vuelva al lado de ustedes, que no será tarde.

»Como es natural, entre estos gabachos abundan los farolones que refieren primores acerca de sus hazañas. Se figuran que somos unos *tuaregs*, y nos miran con un desdén que unas veces causa risa y otras lástima. Un tal Laurent, meridional originario de Tarascon, ha escrito una cancioncilla que llama *Le boucher bleu*, ó sea *El carnicero azul*. ¿Quién es *el carnicero azul*? El cazador de Africa, el valiente que rehusa el fusil como arma de combate, y que cuenta nada más que con un sable afilado como navaja de afeitar — para herir mexicanos — y unos mostachos ru-